

CONFERENCIA INAUGURAL DE LOS CURSOS DE LA ESCUELA PARA VISITADORAS DE HIGIENE SOCIAL¹

1938

PILADES O. DEZEO

Gran emoción me embarga en este día que se cumple la realización de una obra largamente acariciada por quien os habla: la inauguración de la Escuela para visitadoras de higiene social de la Universidad nacional de La Plata. Ella es el primer jalón de otros cursos para auxiliares sanitarios a crearse en un futuro próximo, como ser, la Escuela de enfermeras y nurses y la de Servicio social para asistentes sociales e intendentes de usina. Es que, señores, el campo de la medicina preventiva es muy vasto para que sea colmado por el esfuerzo de los médicos. Su carácter social reclama la incorporación de nuevos elementos, con preparación y condiciones diversas, a fin de complementar la obra médica con la social que, día a día, la realidad exige.

De poco valdría para la medicina social el mejor cuerpo médico, sin la cooperación inteligente y afectuosa de los auxiliares sanitarios y sociales.

Por ello las autoridades de la Universidad de La Plata, y en especial su digno señor presidente el ingeniero don Julio E. Castiñeiras, han demostrado dominar el pensamiento de la hora presente y saber auscultar el palpitar inquieto del momento actual, al prestar su apoyo entusiasta a la creación de la Escuela que hoy inauguramos. Sean para ellos el reconocimiento y el aplauso nuestro.

De los hombres que gobiernan nuestra Facultad de ciencias médicas no ha sido menor el mérito, pues nuestra iniciativa fue acogida con tanto entusiasmo y comprensión, como pocas veces es dable desear. Para ellos también nuestra gratitud cordial. Pero, aunque colectivamente los cuerpos colegiados universitarios son acreedores al reconocimiento expresado, hay tres personas que, por su influencia directa y su contribución entusiasta, corresponde destacar: el señor decano doctor Héctor Dasso, espíritu selecto y de gran permeabilidad mental, quien hizo suya nuestra iniciativa y la prohió con fe y lealtad sin desmayar ante la incomprensión de los primeros momentos; el señor delegado al Consejo superior, profesor doctor Diego M. Arguello, que no escatimó esfuerzo para que no languidciera la obra proyectada, y el señor delegado al Consejo superior, profesor doctor Orestes E. Adorni, que fue un verdadero líder, pues batalló incansablemente hasta lograr la aprobación de la ordenanza de creación de la Escuela.

No olvidemos que la Escuela hubiera tenido una existencia molesta e irregular si la señorita directora del Colegio secundario de señoritas, doctora Juana Cortelezzi, con su elevado criterio, su fina sensibilidad y su amplio espíritu, no nos brindara las aulas y laboratorios de dicho establecimiento para la obra docente que iniciamos. Ha sido ella, la colaboradora

¹ Pronunciada por el profesor titular de Higiene médica y preventiva y director de la Escuela para visitadoras de higiene social de la Facultad de ciencias médicas de la Plata, el 7 de abril de 1938, en el salón de actos públicos del Colegio secundario de señoritas.

invisible que no contábamos y es justicia que asociemos su nombre a los fundadores y organizadores de esta institución. También debemos leal agradecimiento al doctor Emilio P. Bellotti, secretario de la Facultad, quien no escatimó entusiasmo ni esfuerzo para la marcha de la naciente Escuela, a los representantes estudiantiles por su eficaz colaboración y a la prensa local por haber puesto generosamente sus columnas a nuestra disposición.

El acto inaugural de hoy y la calificada concurrencia que da prestigio y realce a la ceremonia, se ve honrada por la presencia del profesor doctor Alberto Zwanck, apóstol del servicio social, co-fundador y actual director de la Escuela de visitadoras de la Facultad de ciencias médicas de Buenos Aires, así como también, de la del Museo social argentino. Tan grande ha sido la pasión que ha puesto por todo lo que sea servicio social, que no pecamos de exagerados al afirmar que cualquier obra, escuela u organización que haga servicio social en nuestro país, le debe aun sin sospecharlo, la mayor parte de las directivas.

Al iniciar esta lección, aclaremos algunos conceptos de los estudios de la nueva Escuela: digamos algunas palabras de la Asistencia social, la que es tal vez el fenómeno más importante y complejo de las sociedades modernas, pues, si bien es cierto que en todos los tiempos y en cualquier estado social han existido individuos necesitados, nunca como hoy que hasta el Estado mismo ha tenido que acudir en socorro de miembros y de grupos humanos que, accidental o permanentemente, se hallan en estado de miseria, o, en casos menos graves, de indigencia. Nunca como hoy revélase, repetimos, la agudización de los inajustados al medio social, quienes vencidos en su caída cumplen las distintas fases del círculo vicioso de la miseria. Lo vemos ir de la indigencia a la debilidad orgánica, de ésta a la enfermedad, la invalidez o la muerte precoz, las cuales juntas o separadas agravan la angustia económica y forman un todo, como una cadena cuyos eslabones se oponen al reajuste social del caído. Si esto es serio problema, tratándose de individuos sanos en desocupación forzosa y no tiene la complejidad de cuando, junto a la miseria, se allá la enfermedad: calcúlese lo difícil de la tarea del servicio social en las organizaciones médicas. La caridad de los buenos cristianos, siempre indispensable, la beneficencia de las instituciones oficiales de la preguerra o el altruismo de los espíritus superiores de ayer y hoy, son insuficientes para auxiliar con eficacia a los miembros desplazados del ritmo colectivo, por el número y la complejidad de las necesidades a cubrir.

Para dispensar amparo oficial y cubrir los riesgos previsibles, los países de vanguardia han ido creando una estructura y una actividad especial, con organismos adecuados, legislación apropiada y obreros idóneos en asistencia social. Verdadera *socialterapia* es la que hacen, puesto que pretenden determinar las causas del fracaso del necesitado, investigando hechos y condiciones personales, o de ambiente de otra naturaleza fijados en un diagnóstico social a fin de establecer el orden sistemático de auxilio que implique un verdadero tratamiento social. Necesidad de método impuesto, porque las actividades y los problemas humanos, si bien se originan y realizan por el hombre, siempre, se lo halla a éste en convivencia social. El hombre aislado, individual, es mera abstracción irreal, creada por la necesidad intelectual del conocimiento: lo concreto, lo que la realidad ofrece, es el hombre viviendo en sociedad, de ahí que no existan formas de actividad humana que no presenten su aspecto social. Ese aspecto lo revelan muchos males morales que aquejan al hombre : casi todos los conflictos de clase que perturban el equilibrio social, gran número de enfermedades sociales que degeneran la raza, ciertos problemas de cultura que desorbitan pueblos enteros con teorías atávicas, etc., problemas y fenómenos que deben interesar no sólo al hombre de estado o de ciencia, al educador, al artista, al sacerdote, al juez o al médico, ya que lo abarcan o rozan con los límites de su ciencia o arte, sino que debe atraer la atención de todos los seres de buena voluntad, que sienten el anhelo de una comunidad más justa y más feliz y que, con inquebrantable fe, desean hermohear su propia existencia dedicando sus

energías al alivio de los males irremediables o a la supresión de los evitables. Nadie más indicada que la mujer para esta función; pues en ella son innatos los sentimientos altruistas y el amor en sus diversas manifestaciones; ella es bálsamo y consuelo para todo dolor y es fuente inagotable de perseverancia, resignación y paciencia. Condiciones básicas, indispensables, para que la hagan insustituible en tareas de sacrificio, como son las que debe cumplir todo trabajador social. Pero, si es condición imprescindible para ser agente de bienestar social — sea asistente o visitador, — una delicada sensibilidad frente al dolor ajeno, un gran deseo de armonía humana y una incommovible fe en el bien, por el bien mismo, es menester también poseer el conocimiento de una técnica adecuada para el estudio y solución de cada problema que la realidad social ofrece a fin de acrecentar la eficacia del esfuerzo, no malgastando energías en soluciones intuitivas, incompletas, a veces hasta contraproducentes, por falta de la guía que da la experiencia y la ciencia del servicio social.

Para evitar esto, hubo que dotar a los agentes de bienestar social de esa técnica que los capacitara para actuar en organizaciones de asistencia con espíritu científico, se crearon las Escuelas de servicio social. En menos de un cuarto de siglo se han multiplicado por todo el mundo, funcionando actualmente ciento setenta y dos en treinta y dos países de los más adelantados.

Su labor es tan vasta que en 1928 realizóse en París el primer Congreso de servicio social, al cual concurrieron oficialmente treinta y nueve países, de los cuales seis eran sudamericanos, contándose entre éstos el nuestro. La Sociedad de las naciones, la Oficina internacional del trabajo, la Liga de las sociedades de la Cruz roja, enviaron sus delegados, así como también la Cruz roja de veinte y ocho países.

Conviene que recordemos el primer punto del Estatuto porque es toda una profesión de fe, ya que enunciaba: « La Conferencia internacional de Servicio social no tiene carácter gubernamental, político ni religioso. » Sabia declaración, pues, pone al servicio social, como disciplina científica, más allá de las nacionalidades y las diferencias injustificables.

Parodiando a Emerson, diríamos que si los dogmas separan a los hombres, el servicio social así entendido puede unirlos, ya que, como bien lo ha definido W. F. Molina, de Valparaíso: «Es la ciencia y el arte de dignificar la personalidad humana y ennoblecer la vida, a fin de que todos y cada uno de los componentes de la colectividad estén en condiciones de dar el máximo de rendimiento espiritual, moral y económico. »

Consideramos convenientemente dar una rápida visión, a vuelo de pájaro, de la breve historia de esta nueva profesión, en los países de origen, para luego recapitular la síntesis de su adaptación al nuestro.

Al reseñar la evolución y las funciones de la visitadora de higiene social recordemos que tiene muy noble y antiguo abolengo: en su genealogía hay muchas santas que enriquecen el santoral católico, y otros ilustres espíritus que son orgullo de los cristianos salones. Su origen laico, más reciente, lo encontramos en la obra de Calmette, de Lille, quien, en 1895, considera al dispensario antituberculoso como una institución activa de lucha contra la tuberculosis, recomienda las visitas domiciliarias para atender la enfermedad simultáneamente en el dispensario y en el domicilio. Grancher, en 1905, complementa la obra sugiriendo a los médicos de los dispensarios a extender su interés por la pesquisa de los enfermos que se ignoran y que no acuden por propia iniciativa a esos centros de profilaxis y curación. Recomienda que, en las visitas domiciliarias, no sólo se atienda al enfermo en tratamiento sino que se atraiga a los que conviven en el foco. Se cumple así la segunda etapa de la visitadora social: de agente de colaboración para el tratamiento a domicilio pasa a ser también un poderoso auxiliar de profilaxis. Sólo faltaba agregar su obra de asistencia social, la cual lógicamente se fue imponiendo como función inherente al

contacto de los problemas económicos y sociales observados en las visitas y que favorecen la pérdida de la salud o dificultan la reconquista de la misma cuando se ha caído en la enfermedad. Vemos, pues, ampliarse sucesivamente la órbita de acción de las visitadoras: con Calmette, colabora para el tratamiento a domicilio; con Grancher, es también agente de profilaxis y educación sanitaria; y, en estos últimos treinta años, con Cabot y los americanos del norte, antes, y en todo el mundo, después, con su acción de asistencia social. Los servicios que prestan son tan necesarios que día a día se incorporan nuevas actividades sociales en cada organización médica, educativa, de asistencia pública, de justicia, industriales, etc.

Existen hoy más de diez mil inspectores sociales en Estados Unidos y anualmente egresan de las distintas escuelas de Nueva York, Boston, Chicago, Filadelfia y Baltimore, varios centenares. Allí, las funciones se diversifican y las denominaciones expresan esa variedad de trabajo. En los hospitales colaboran las medical-social-workers, o sea las trabajadoras médico-sociales, pues su tarea abarca esos dos aspectos y equivale a nuestras visitadoras de higiene social. En los talleres procuran el mayor bienestar de los obreros y sus familias, y reciben el nombre de welfare-workers, trabajadores del bienestar, son los que en Europa se denominan intendentes de usina. La vinculada a las escuelas, que con sus visitas unen éstas al hogar, se las conoce con el nombre de home and school visitor. Además, las que ejercen sus tareas en las cárceles o anexos de los tribunales, especialmente de menores, ocupándose de la infancia abandonada y delincuente, así como también de los detenidos y liberados durante el período que se llama de prueba o de comprobación, se las designa con el nombre de probation officer. Otras varias especializaciones que corresponden a recreaciones, vacaciones, etc., reflejan la tendencia de ajustar la asistencia social al tipo o la clase que integra el individuo mediante el servicio social de los casos colectivos.

En nuestro país el primer curso de visitadores sociales se creó en 1924, bajo los auspicios de la más alta cátedra de higiene, la de la Facultad de ciencias médicas de la Universidad de Buenos Aires.

Esta corporación consideró que no podía aparecer en retardo dejando que se adelantaran otras instituciones ajenas a la docencia, a lo que le correspondía por derecho y a lo que estaba obligada por deber. Entendía que ella por su « apoliticidad », por su posición sobre los dogmas sociales, políticos y religiosos, por el espíritu impersonal de sus verdades, por el rigorismo de sus métodos de investigación y trabajos y por su celo en pro de la cultura y de la patria, debía necesariamente, asumir esa responsabilidad más, agregada a las que tenía. En ese año crea el primer curso de visitadoras de higiene social, anexo al Instituto de higiene de la Facultad de ciencias médicas de Buenos Aires, bajo la dirección del profesor doctor Manuel Y. Carbonell.

Es deber de gratitud señalar a la consideración de los jóvenes, los nombres de los profesores doctores Carbonell e Iribarne. El primero, porque gracias a su acción tesonera, su iniciativa, logró la sanción correspondiente. El segundo, porque su visión panorámica de los problemas sociales y culturales le permitió como decano asesorar al Consejo directivo de la grande obra útil que dicha creación significaba, poniendo en ello todo el entusiasmo y la elocuencia que sabía poner al servicio de las causas grandes y nobles.

Desde su creación, en 1924, hasta la fecha, los cursos sucesivos han capacitado a centenares de jóvenes que reúnen junto a la cultura general una preparación médica, preventiva y social.

Respondiendo también a las exigencias de la hora, el infatigable y dinámico director del Cuerpo médico escolar de la provincia de Buenos Aires, doctor Carlos S. Cometto, creó a su vez, en 1927, el curso de visitadoras de higiene escolar bajo su inteligente dirección y con la colaboración desinteresada de un buen núcleo de colaboradores. Las egresadas de los cursos

platenses han facilitado la ampliación del campo de la medicina escolar en esta rica provincia: ellas, con su tesón y capacidad, han aureolado su noble profesión con el nimbo áureo de su desinterés.

En su preparación las visitadoras estudian los factores de la salud pública, de la profilaxis, de la previsión social, asociados a la economía política, materias que son la base de su idoneidad; junto a las aptitudes personales que se les exige para luchar con eficacia contra la intemperancia en las costumbres, contra la morbi-mortalidad maternal e infantil, contra las enfermedades que desgastan al individuo, abrevian la vida o taran la descendencia, degenerando la raza.

Las visitadoras así preparadas, son verdaderas avanzadas de los organismos médicos internadas en pleno corazón social: ellas llevan la cultura universitaria y sus verdades más allá de las instituciones técnicas, inaccesibles para el público, realizando en forma fácil y continuada una verdadera educación sanitaria popular.

El éxito de las visitadoras en sus funciones atrajo la atención de los médicos, aun de aquellos escépticos del primer momento, y día a día, año tras año, nuevas organizaciones médicas reclamaban la cooperación de tan valiosas colaboradoras. Así, se van creando los servicios sociales en dispensarios, maternidades, hospitales. Y surge la necesidad de crear otros agentes de bienestar social para obras de asistencia pública, beneficencia, recreación, industrias, etc., es decir, trabajadores sociales independientes de toda institución médica: los llamados asistentes sociales.

Por esto surge la primera Escuela de Servicio Social, para asistentes sociales de nuestro país, que funciona desde 1930 en el Museo Social Argentino y desde aquella fecha han asistido a sus cursos más de quinientas personas de ambos sexos, predominando las mujeres de condición social menos necesitada, de las cuales doscientas sesenta y siete en calidad de oyente, noventa y cuatro que egresaron con el título de asistente social y nueve con certificado de asistencia a los cursos. La calidad del alumnado de esa escuela se valora por el sólo hecho de incorporarse a ella para estudiar una ciencia y un arte tendiente al bien por el bien mismo, sin esperar de su aplicación lucro, ni honor, ni beneficio personal, como no sea el placer de saberse útil a los demás y la satisfacción íntima de descubrirse más buenos, a pesar de las humanas imperfecciones.

Entre las alumnas, muchas, antes de estudiar, trabajan en obras de beneficencia, de recreación, confesionales o laicas, pero, el afán de ser eficientes, las atrajo a la Escuela, en busca de la técnica que ignoraban.

Como todavía hay personas cultas que no distinguen las funciones del asistente social y las propias de las visitadoras de higiene social, aun a riesgo de pecar un poco, abusando del amable auditorio, creemos conveniente valemos de las palabras del profesor Zwanck, quien, en la Primera conferencia nacional de asistencia social, en una ponencia, define y limita el campo de acción de cada una, con los siguientes conceptos:

1o. Tanto la visitadora social como el asistente social tienen funciones perfectamente delimitadas, las que surgen no sólo de la preparación técnica que han recibido en las escuelas especiales en las que lian cursado sus estudios, sino también por las finalidades sociales que deben cumplir.

2o. Es así cómo la visitadora de higiene social es la única capacitada para trabajar junto al médico en toda obra que persiga la conservación o el restablecimiento de la salud individual o colectiva. Es ella la encargada, por la labor de propaganda que debe realizar, de atraer al individuo o a la familia a la institución preventiva o curativa; es ella la que debe presentar al médico los antecedentes mórbidos o económicos o sociales que han contribuido a crear el estado que se pretende remediar ; es ella la que interpretando técnicamente la opinión del médico, educa al sujeto para que las indicaciones médicas se cumplan y es, por último, la

que pone en práctica los métodos del servicio social para remover todas aquellas causas extrínsecas que conspiran contra el mantenimiento o restablecimiento de la salud. Es un monitor de higiene por la obra educacional que debe realizar; es un agente de medicina preventiva por la finalidad última que persigue. Sólo ella es la destinada para actuar en hospitales, maternidades, dispensarios, etc., y en toda organización de lucha contra las enfermedades sociales (tuberculosis, enfermedades venéreas, alcoholismo y toxicomanías, mortalidad infantil, etc.).

3o. El asistente social, en cambio, puede trabajar aisladamente o como auxiliar técnico insustituible en toda obra de asistencia social o pública que tenga por finalidad remediar las causas de la miseria, sean éstas materiales o intelectuales o morales. Su finalidad inmediata es la de crear un ambiente social de orden y método científico en las obras de asistencia luchando contra la acción negativa de la asistencia paliativa promoviendo la organización de la preventiva y constructiva. Su fin principal es poner en práctica los principios y procedimientos de lo que se ha dado en llamar el Servicio Social de los Casos Individuales, vale decir, el reajuste del individuo y de la familia con el medio en que desarrollan sus actividades. El asistente social es, pues, un agente de bienestar social.

Agreguemos que, el exponente de las nobles actividades de las visitadoras y asistentes sociales egresados, lo refleja la cantidad de servicios médicos e instituciones que ha creado su servicio social : los Cuerpos médicos escolares del Consejo nacional de educación, de la Dirección general de escuelas de la provincia de Buenos Aires y Córdoba, las cantinas escolares, las colonias de vacaciones, las escuelas al aire libre, las Instituciones armadas de la Nación, todos los dispensarios de enfermedades pulmonares, y de lactantes, las maternidades, los dispensarios de enfermedades mentales, la Dirección de maternidad e infancia del Departamento nacional de higiene, la Clínica del cardíaco, del reumático, el Instituto nacional de la nutrición, la Acción católica argentina (Consejo Superior), la Asociación « El Centavo », la Compañía hispano argentina de Electricidad en su Policlínico, la Oficina de préstamos y subsidios, las defensorías de menores, la Dirección de educación física de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, en sus parques de recreación y en las colonias de vacaciones y en varios hospitales generales, las cátedras de Cirugía, Ginecología, Pediatría, en salas-cunas, hogares, asilos para menores y mendigos, en la Dirección judicial, la Alcaldía de menores, para abandonados y delincuentes, en la Dirección administrativa, recreo infantil y Secretariado económico social del Consejo superior de la juventud femenina católica, la Sociedad de beneficencia de la Capital, el Instituto de maternidad Ramón Sarde, el Patronato nacional de menores, el Tribunal de menores, la Obra de la conservación de la fe, el Patronato de liberados, y día a día, se crean nuevos puestos de acción social y llegan a la Escuela pedidos de diversas provincias.

¡Pensar que hace poco más de una decena de años se desconocía esa profesión en nuestro medio y ya tenemos más de 500 jóvenes luchando en bien de la felicidad social...! Las egresadas no se desvinculan de su Escuela, mantienen relación concurriendo en busca de soluciones para las dificultades que les presenten en sus prácticos tratamientos sociales que han emprendido; consultando textos, revistas, publicaciones y estadísticas, o continuar cursos de perfeccionamiento sobre bibliotecaria, archivo, organización y plan de obras sociales a crearse. Son el crédito de la Escuela prolongando más allá de sus aulas el espíritu amoroso de concordia necesaria para toda obra de bienestar social.

Porque la Escuela de servicio social, la de visitadoras de higiene social, si bien enseñan la técnica del servicio social en sus fundamentos, leyes, plan de acción, método de trabajo y los factores sanitarios y económicos, con la impersonalización del saber científico, cuidan celosamente de acrecentar en las alumnas los valores morales, espirituales, que tienden a la superación humana, indispensables para que el conocimiento se vivifique en la armoniosa

amalgama afectiva que impulsa a la acción. La técnica del servicio social sólo sería un conjunto de fórmulas y preceptos superfinos, cuando no inútiles, si no los animara una amorosa comprensión para con los humildes, los infer-dotados, los inarmónicos, los débiles, los inadaptados, los enfermos, los niños, los ancianos, etc., que son los que deben ser asistidos.

Sin pasión, y con ciencia solamente, el trabajador social degenera en burócrata.

Hace falta amor, que dignifique al asistente al par que al asistido, acercando a los hombres en noble hermandad; que proclama el valor de la vida por las obras, sin distinción de razas ni de clase y que es sentimiento, necesario a toda obra de elevación. Las escuelas, a pesar del positivismo de sus métodos y estudios, son desafío y negación de todo utilitarismo materialista, pues al *time is money* del cartaginesismo moderno oponen el bello lema «ignora las horas» para hacer el bien. Ese lema debe ser índice que señale la dirección espiritual de todas las escuelas de obreras sociales, reflejarse por el ejemplo de sus profesores y en la abnegación de sus alumnas, indicar el camino que conduce al renunciamento del egoísmo biológico transmutándolo en santo altruismo de humildad, devoción y elevada espiritualidad, procurando acrecentarlo en las alumnas — al decir de una egresada — que la vocación de asistir al necesitado debe hacerse con la técnica de Mary Richmond, el espíritu de sacrificio de Florence Nightingale y la caridad de San Vicente de Paul.

Y bien, señores, permitidme que al declarar inauguradas las clases de hoy, dé la bienvenida cordial a este hermoso contingente de entusiastas alumnas que se iniciarán en los severos estudios de nuestra Escuela. Sean para ellas nuestros fervientes votos por su ventura personal su feliz aprendizaje y su futuro éxito profesional.

Deseamos que el afán de superación, el amor a la verdad, el anhelo de justicia, la fe y la esperanza en las cosas que se esperan y en la justicia inmanente que rige los actos de la vida humana, sean los preciosos dones que adornen su alma. Ponemos en ellas nuestra confianza y nuestra fe; porque creemos en la valiosa cooperación de la mujer para la armonía de los conflictos sociales, hemos bregado por capacitarla eficientemente con la creación de la Escuela que inauguramos.

La Escuela, sus profesores y quien os habla, jóvenes alumnas, podrán transmitir métodos, técnica, conceptos; pero, hay algo que debéis traer vosotras, y es el deseo de hacer de vuestra propia vida vuestra mejor obra, asignándole el mayor valor que es dable alcanzar en la existencia cuando se la consagra al servicio del prójimo con amor, perseverancia y humildad. Sed cual ángeles de piedad, fuertes en vuestra propia debilidad, o como la rumorosa ola que con su constante caricia modela la ruda roca.